

# Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

## Los dos decálogos en defensa de la vida [The two decalogues in defense of life]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Mesters, Carlos;Orofino, Francisco
Publisher	DEI - RECU
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-06-17 21:39:53
Link to Item	<a href="http://hdl.handle.net/20.500.12424/183241">http://hdl.handle.net/20.500.12424/183241</a>

## Los dos decálogos *en defensa de la vida*

### Resumen

Este artículo presenta el lento cambio que se dio en la visión del pueblo de la Biblia con relación a la observancia de la Ley de Dios y de sus relaciones con la naturaleza. Relaciona el fracaso de la observancia de los Diez Mandamientos con la manera de observar y contemplar a la naturaleza, a la creación. Muestra que el redescubrimiento de la presencia de la Palabra de Dios en los fenómenos de la naturaleza llevó al pueblo bíblico a tener una visión liberadora de los propios Diez Mandamientos. es una reflexión que contribuye en la búsqueda de nuevas formas de relacionarnos con Dios y con el medio-ambiente.

La visión del pueblo de la Biblia con relación a la naturaleza y al medio ambiente tiene mucho que enseñarnos en nuestros días, cuando nace con fuerza la preocupación ecológica. Antes, en nuestra ingenuidad, pensábamos que podíamos disponer de los recursos de la tierra como bien quisiéramos. Hasta encontrábamos justificaciones para ello en varios textos de la Biblia que, así pensábamos, nos mandaban dominar la tierra (Cf. Gén 1,28; Dn 2,38; Sab 9,2; 10,2; Eclo 17,1-4). Pero los nuevos problemas de preservación del medio ambiente cuestionan el absurdo de esta nuestra pretensión, y nos obliga a cambiar nuestro modo de pensar, a la vez que cuestiona ciertas interpretaciones de la Biblia. Son procesos lentos de cambios que están en construcción. Ese mismo proceso lento de repensar las cosas aparece dentro de la misma Biblia.

En este artículo vamos a observar de cerca como se dio el lento cambio en el modo de pensar del pueblo de la Biblia con relación a la observancia de la Ley de Dios y con relación a la naturaleza y a los fenómenos de la naturaleza. Veremos cómo el fracaso en la observancia de los Diez Mandamientos llevó a una nueva manera de observar y contemplar la naturaleza y la creación. El redescubrimiento de la presencia de la Palabra de Dios en los fenómenos de la naturaleza llevó a una visión liberadora de los propios Diez Mandamientos. Todo eso nos puede ayudar en el esfuerzo que estamos haciendo por repensar nuestra relación con Dios y con el medio ambiente.

### LOS DIEZ MANDAMIENTOS: EL DECÁLOGO DE LA ALIANZA

#### La situación que generó el Decálogo de la Alianza

La nueva organización igualitaria y fraterna del pueblo de Dios nació cuando ellos salieron de Egipto y entraron en el desierto, después de la dolorosa experiencia de 400 años bajo el dominio del Faraón. Fue un proceso lento. Inicialmente ellos continuaban en el mismo modelo piramidal de convivencia, igual al sistema del Faraón. Sólo que en lugar del Faraón ruin de Egipto, pusieron un Faraón bueno, Moisés. Pero no cambiaron el sistema de convivencia. Moisés como única autoridad, hacía todo solo (Ex 18,13-15). Al poco tiempo, sin embargo, y a duras penas, fueron percibiendo que para poder ser Pueblo de Dios era necesario cambiar no sólo al faraón, sino todo el sistema de convivencia: las relaciones con Dios y entre ellos mismos (Cf. Ex 18,17-27; Núm 11,14-25; Deut 1,9-18). De lo contrario, en breve estarían de vuelta a la misma situación de opresión da la cual habían



acabado de salir con la ayuda de Dios. Pues las dificultades de la caminata por el desierto provocaron mucha murmuración y deseos de volver a Egipto. Eran muchas las causas para las murmuraciones: miedo, sed, hambre, violencia, desconfianza, desánimo, división, dominación, entre tantas otras causas (Ex 5,21; 6,9; 14,11-12; 15,24; 16,2.7-8; 17,2-3; Núm 11,4; 14,2; 16,1-3; 20,2; Sal 106,7.14.25.32). Pero ellos supieron enfrentar la situación y asumir su caminata con Pueblo de Dios. ¿Cómo fue que lo hicieron?

La primera cosa que hicieron fue crear una serie de prescripciones o de mandamientos para impedir el retorno a la situación de opresión y de esclavitud. La Biblia trae una solemne introducción a los Diez Mandamientos: "Entonces, Dios pronunció todas estas palabras. 'Yo soy Yahvé el que te hizo salir de la casa de la esclavitud'" (Ex 20,1-2). En seguida vienen los Diez Mandamientos. La introducción define el objetivo de los Mandamientos, a saber: indicar el camino para salir de la "casa de esclavitud" y llegar a la plena libertad junto a Dios: "ustedes vieron lo que yo hice a los egipcios y cómo los cargué a ustedes sobre alas de águila y los traje junto a mí" (Ex 19,4).

Los Diez Mandamientos son la ruta a caminar para llegar a la libertad. Cada mandamiento, por así decirlo, combate una determinada causa de opresión. Por ello, la fiel observancia de estos mandamientos va eliminando las causas y crea una barrera que impide el retorno a la "casa de la esclavitud", conforme la orden expresada por Dios: "¡Nunca más volverás por ese camino!" (Deut 17,16). La caminata en la observancia de los mandamientos con dirección a la libertad se inició en el Éxodo y continúa hasta hoy.

Son tres los mandamientos que definen como debe ser la nueva relación del pueblo con Dios: (1) Servir sólo a Dios y no a los ídolos, ni hacer imágenes de los ídolos; (2) No usar el nombre de Dios para hacer cosas vanas; (3) El sábado dedicarle un tiempo a Dios (Ex 20,3-11). Son siete los mandamientos que definen las relaciones entre los miembros del pueblo: (1) honrar a los padres; (2) no matar; (3) no cometer adulterio; (4) no robar; (5) no dar falso testimonio; (6) no desear la casa del prójimo; y, finalmente, (7) no desear nada de lo que está dentro de la casa del prójimo (Ex 20,12-17). En últimas, son diez mandamientos, cuya fiel observancia generará en el pueblo una nueva forma igualitaria y fraterna de convivencia.

En el éxodo, al pie del monte Sinaí, fue sellada la alianza entre Dios y el pueblo (Ex 19,1 a 24,11). El pueblo se comprometió a observar los mandamientos.

*"Ustedes vieron lo que yo hice a los egipcios y cómo los cargué a ustedes sobre alas de águila y los traje junto a mí. Por lo tanto, me obedecerán y observarán mi alianza, ustedes serán mi propiedad especial entre todos los pueblos, porque la tierra toda me pertenece a mí. Ustedes serán para mí un reino de sacerdotes y una nación santa" (Ex 19,4-6). Y el pueblo respondió "Haremos todo lo que Yahvé nos mandó" (Ex 19,8).*

Después de la exposición de los Diez Mandamientos (Ex 20,1-17) y del Código de la Alianza (Ex 20,22 al 23,33), ellos se comprometieron nuevamente a observar en todo la ley de Dios: "Haremos todo lo que Yahvé nos mandó y le obedeceremos" (Ex 24,7). "En seguida, Moisés regó la sangre y la esparció sobre el pueblo diciendo: 'Esta es la sangre de la alianza que Yahvé hace con ustedes a través de todas estas cláusulas'" (Ex 24,8).

La observancia del Decálogo de la Alianza era la condición para que el pueblo pueda seguir siendo el pueblo de Dios. Si no observaban los mandamientos, ellos mismos se condenarían a la esclavitud. Así quedó todo combinado.





## La situación a la que se llegó después de 400 años de observancia de la Ley

Fueron más de 400 años los que transcurrieron entre el éxodo y el fin del periodo de los Reyes. Engañado por la ideología de la monarquía y desviado por su propia flaqueza, el pueblo no fue capaz de dar cuenta por la observancia de los Diez Mandamientos. Así lo decía el salmo: "Por cuarenta años aquella generación me disgustó. Entonces yo dije: 'es un pueblo de corazón desviado que no reconoce mis caminos'" (Sal 95,10).

Ellos dejaron que esculpa una falsa imagen de Dios que se les metió en la fe. Esta falsa imagen fue modificando la relación del pueblo con Dios y entre ellos mismos. En lugar de concebirse a sí mismos como propiedad de Yahvé (Ex 19,5-6), ellos comenzaron a ver a Dios como propiedad del pueblo. Comenzaron a identificar los intereses de Dios con los intereses de la monarquía. No era el pueblo el que existía para Dios, sino un Dios para el pueblo. ¡Lo invirtieron todo!. Este desvío trágico trajo consigo un quiebre progresivo de la alianza (Cf. 1Re 19,10.14), la pérdida de la libertad, la desarticulación de la convivencia, tanto familiar como social; y hacia el 722 a.C., esto llevó a la destrucción del Reino de Israel, en el Norte (2Re 17,7-23).

En el siglo siguiente, época del rey Josías, el Reino de Judá, en el Sur, intentó una reforma para llevar al pueblo de regreso a la observancia de la ley y así evitar la desintegración total (2Re 23,1-25). Esta reforma, llamada deuteronomista, ponía al pueblo frente a la opción: bendición o maldición, vida o muerte. Es como se decía: "¡Ahora va a depender sólo de nosotros! Si observan la Ley, tendrán bendición. Si no la observan tendrán maldición" (Cf. Deut 28,1-3.15-16). Y son terribles las amenazas de maldición y de exclusión, descritas en los libros del Deuteronomio (Deut 28,15-44) y del Levítico (Lev 26,14-38). Predominan la amenaza y el miedo como motivación para llevar al pueblo a la observancia de los mandamientos.

Pero la reforma de Josías no obtuvo el resultado deseado. Los mandamientos no fueron observados, la creación de una falsa imagen de Dios vació la fe por dentro, y la maldición anunciada cayó sobre el pueblo. Todo fue destruido por el ejército del rey de Babilonia y el pueblo fue llevado al exilio (2Re 25,1-21). Las temidas amenazas de maldición se ejecutaron. Lamentaciones menciona desgracias que espantan hasta hoy. Ellas informan, por ejemplo, que algunos hombres llegaron al punto de matar a sus propios hijos para comérselos y así aplacar su hambre (Lam 4,10).

## La interpretación de la destrucción de Jerusalén y del exilio en Babilonia

Para la mayoría, las desgracias de la destrucción de Jerusalén y del exilio del pueblo en Babilonia fueron el resultado evidente y fatal de la no observancia de la ley (Lam 1,8.14.18; 3,42; 4,13; 5,7). Era la prueba trágica de que ellos habían escogido la muerte y no la vida, y que Dios había cumplido su promesa de maldición. El pueblo se sentía maldecido y excluido por el mismo Dios (Is 49,14). La muerte venció a la vida (Lam 3,18). ¡Fracasó la observancia de los Diez Mandamientos! ¡No tuvieron en cuenta su observancia! ¡La alianza fue quebrada! ¡Un cuerpo quebrado en mil pedazos no tiene arreglo! La mayoría lo dejó todo y aportó la religión del imperio de Nabucodonosor.

La descripción de la destrucción de la ciudad de Jerusalén revela el estado del espíritu que experimentaba el pueblo. Así es como el salmo 74 describe la destrucción de la capital:





“Los enemigos en el santuario.  
Lanzaron alaridos en tu tienda,  
a la entrada pusieron la bandera extranjera.  
Lo derribaron todo con el hacha como leñadores en el bosque;  
el enmaderado y sus esculturas los demolieron a machete y azuela.  
Prendieron fuego a tu santuario  
y profanaron la morada de tu Nombre.  
Dijeron: “¡Acabemos con ellos de una vez!”  
y en el país incendiaron todos los santuarios.  
Ya no vemos signos de ti, ya no hay profetas,  
y nadie entre nosotros que nos diga hasta cuándo.  
¿Hasta cuándo, oh Dios, blasfemarás el opresor y seguirá el  
enemigo ultrajando tu nombre?” (Sal 74,4-10)

Otra descripción la encontramos en el Salmo 79:

“Oh Dios, los paganos han entrado en tu heredad,  
han profanado tu santuario,  
y a Jerusalén la han dejado en ruinas.  
Arrojaron los cuerpos de tus siervos como carroña a las aves de  
rapaña y la carne de tus fieles a las fieras.  
Derramaron la sangre como el agua en torno a Jerusalén  
y no había ningún sepulturero.  
Somos una vergüenza ante nuestros vecinos,  
objeto de risa y burla a nuestro alrededor.  
¿Hasta cuándo, Señor, durará tu cólera? ¿Tus celos quemarán  
siempre como fuego?” (Sal 79,1-5).

“¿Hasta cuándo!” Los dos salmos formular la misma pregunta que revela la desintegración interior y el fracaso total de la reforma de Josías y del sistema religioso de la época de los reyes. “¿Hasta cuándo?” ¡Ellos están si futuro! Una reforma que sólo insiste en la observancia de la Ley, sin tener en cuenta la misericordia de Dios, nace de una raíz viciada. En la hora del fracaso de la observancia (que de hecho ocurrió) ella no ofrece ninguna esperanza de poder rehacer la alianza y la amistad con Dios. En lugar de llevar a la conversión, ella llevó a la desesperación. El tiro salió por la culata. La erección de una falsa imagen de Dios carcomió por dentro la viga de la fe. Cuando vino la tempestad todo se vino abajo y la casa se cayó.

### Desesperación (casi) total

La desesperación está cruelmente sintetizada a lo largo del desacato inicial de la tercera Lamentación. Este desacato es una de las peores herejías que se pueda imaginar. Dios es presentado como el culpable de todo. Esto es lo que dice el texto:

<sup>1</sup> Yo soy quien ha visto la miseria bajo el látigo del furor de Dios.

<sup>2</sup> El me llevó y me obligó a caminar en tinieblas y oscuridad.

<sup>3</sup> Vuelve y revuelve todo el día su mano contra mí solo.

<sup>4</sup> Consumió mi carne y mi piel y quebró mis huesos.

<sup>5</sup> Edificó contra mí un muro, me cercó de veneno y de dolor.

<sup>6</sup> Me mandó vivir en las tinieblas, como los muertos de antaño.

<sup>7</sup> Me encarceló y no puedo salir, me puso pesadas cadenas.

<sup>8</sup> Por más que grito y pido auxilio él sofoca mi súplica.





- <sup>9</sup> Cercó mi camino con piedras enormes, confundió mis senderos.  
<sup>10</sup> Ha sido para mí como oso en acecho y león en escondite.  
<sup>11</sup> Complicando mis caminos me destrozó, me dejó hecho un horror.  
<sup>12</sup> Preparó su arco, y me puso como blanco de sus flechas.  
<sup>13</sup> Clavó en mi espalda sus dardos sacados de la caja.  
<sup>14</sup> Me hizo burla de todo mi pueblo, la cantinela todo el día.  
<sup>15</sup> Me colmó de amargura, me dio a beber ajenjo.  
<sup>16</sup> Quebró mis dientes con una piedra, me revolcó en la ceniza.  
<sup>17</sup> Mi alma está alejada de la paz y ha olvidado la dicha.  
<sup>18</sup> Dije: Mi esperanza se perdió igual que mi confianza en Yahvé.

El lamento usa imágenes muy fuertes para caracterizar la acción con la que Dios hirió, castigó y traumatizó a su pueblo: trampas, desvíos, flechas, uso de engaños, emboscadas, amarguras, etc. Es el rompimiento total entre Dios y el pueblo. Quien tiene en la cabeza y en el corazón una imagen así de Dios ya no se anima a ser Pueblo de Dios. Pierde la esperanza y no asume ya el compromiso. De hecho, la gran mayoría se adaptó totalmente al imperio de Nabucodonosor, tanto en la forma de vivir como en la religión.

Pero, no todo es lamentación en la 3ª Lamentación. ¡Al contrario! El desacato termina con esta frase: “Huyó la paz de mi espíritu, ¡la felicidad acabó! Acabaron mis fuerzas y mi esperanza en Yahvé”. ¡Parece el fin de todo! ¡Parece! Pero la última palabra de este desacato es el nombre sagrado de YHWH. Como una tela que se rasgó en el telar, es un rayo de luz que penetra en el alma del pueblo. De repente una lucecita de esperanza se encendió en medio de aquella desolación sin fin. ¡La oscuridad se iluminó!

El recuerdo inesperado del nombre sagrado de Yahvé da inicio a la reversión de la situación. Presionado por la situación de desesperación en que se encontraba, el pueblo comenzó a recordar: “*Tengo en el corazón alguna cosa que me hace tener esperanza*” (Lam 3,21). El pueblo comienza a releer todo su pasado, desde la Creación del Universo, hasta la historia de los Reyes, incluida las historias del Diluvio (Is 54,9), de Abraham y Sara (Is 51,1-2), del Éxodo (Is 41,17-18; 43,16-19) y otras, y encuentra en ellas luces que pueden orientarlo hasta descubrir una salida. Al final del tercer Lamento, pese a que el pueblo continúa sufriendo por la misma causa, el horizonte es otro. Es de esperanza renovada.

En esta relectura de la creación y de la historia, fue grande la contribución de los profetas, sobre todo de Jeremías y de los discípulos y discípulas de Isaías. Es de esta relectura del pasado que surge el relato del origen del Universo, el Decálogo de la Creación.

## EL RELATO DEL ORIGEN DEL UNIVERSO: EL DECÁLOGO DE LA CREACIÓN

### La relectura de los fenómenos de la naturaleza

A pesar de la falta absoluta de horizontes y de la desesperación generalizada del pueblo durante el cautiverio, el profeta Jeremías irradiaba mucha esperanza. En nombre de Dios, él decía al pueblo:

“Como es cierto que yo cree el día y la noche y establecí las leyes del cielo y de la tierra, también es cierto que no rechazaré a la descendencia de Yahvé y de mi siervo David. ...Cuando esas leyes hablen delante de mí - oráculo de Yahvé - entonces el pueblo de Israel también dejará de ser delante mío una nación para siempre” (Jer 33,25-26; 31,36).





La esperanza de Jeremías estaba basada en una nueva lectura de los fenómenos de la naturaleza. “¡El sol va a nacer mañana!” La certeza del nacimiento del sol no depende de la observancia de la ley, sino que está impresa en la lógica de la creación. Es pura gratuidad, expresada en la buena voluntad de Dios Creador. Es promesa que no falla. Nabucodonosor puede tener mucha fuerza para oprimir y torturar, pero él no puede impedir que el sol nazca. Nuestra flaqueza puede llevarnos a romper con Dios, pero Dios no rompe con nosotros, pues cada mañana de nuevo, a través de la secuencia de los días y de las noches, Él nos habla al corazón y nos dice: “¡Cuando alguien pueda medir el tamaño del cielo en las alturas o examinar con cuidado las profundidades de la tierra, sólo entonces al pueblo entero de Israel, por lo que él pueda hacer!” (Jer 31,37) En otras palabras, ¡Él nunca nos va a rechazar!

Esta nueva manera de mirar la naturaleza modificó la perspectiva y abrió un nuevo horizonte. “¡Dios nos amó primero!”, dirá San Juan tiempo después (1Jn 4,19). La certeza de la presencia amorosa de Dios, más allá del fracaso de la observancia, provocó una búsqueda renovada de las señales de Dios en la naturaleza que nos rodea y de la cual depende toda nuestra vida: las lluvias, las plantas, las fases de la luna, el sol, las estaciones del año, las semillas, etc. Todo se vuelve señal de la presencia gratuita de Dios. Los recursos de la naturaleza no son meras mercaderías para nuestro enriquecimiento. Por el contrario, son una revelación del amor de Dios que nos sustenta y una apelación a nuestra responsabilidad.

Así, surge en el pueblo exiliado una nueva experiencia de Dios que se expresa en nuevas imágenes. Los exiliados viven desenraizados en la inmensidad del imperio babilónico. El único espacio de autonomía que todavía les quedaba era el espacio familiar, el mundo pequeño de la familia. Ahora bien, fue precisamente en este espacio reducido y debilitado de la familia donde los discípulos de Isaías reencontraron la presencia amorosa de YHWH. La nueva imagen de Dios refleja este ambiente familiar, pues Yahvé, el Dios del pueblo, es presentado a ellos como *Padre* (Is 63,16; 64,7), como *Madre* (Is 46,3; 49,15-16; 66,12-13), como *Marido* (Is 54,4-5; 62,5), como pariente próximo (o *hermano mayor*) (Is 41,14; 43,1). ¡Imágenes de familia! Ellos, por así decirlo, *humanizaron la imagen de Dios y sacralizaron la vida como el espacio del reencuentro con Dios*.

Para ello, YHWH, el Creador del Universo, es como un Padre de familia, mejor que Abraham (Is 63,16); es como una Madre cariñosa que alimenta a sus hijos y a sus hijas (Is 66,11); es como el Novio que no es feliz sin su pueblo (Is 62,5); como el hermano mayor, el redentor, siempre preocupado por ayudar a los hermanos y a las hermanas menores (Is 41,13-14).

En otras palabras, Yahvé, el Dios liberador, el Dios de la familia, aquel que en el éxodo entregó la Ley al pueblo e hizo con él una alianza, comienza a ser experimentado como el Dios Creador del Universo. Y el Dios Creador del Universo va tomando el rostro de Yahvé, el Dios liberador y familiar del éxodo. Historia y Creación se aproximan. En las dudas aparecerán los trazos del rostro de Yahvé, el Dios del pueblo, Dios liberador y creador.

## La formulación del Decálogo de la Creación

Así, en otro sentido, junto a la atención que se le daba a las diez palabras divinas que estaban en el origen de la Alianza, en pueblo comenzó a darle mayor atención a las palabras divinas que estaban en el origen de las creaturas, y descubre que allí también existen diez palabras. Son las diez palabras de la Creación. El autor que hizo la redacción final del relato de la Creación (Gén 1,1-2,4<sup>a</sup>) tuvo la preocupación de describir toda la acción crea-



dora de Dios por medio de, exactamente, Diez Palabras. En el relato aparece exactamente diez veces la expresión “y Dios dijo”:

1. Gén 1,3	Y Dios dijo: haya luz.	<b>Y Dios dijo</b> וַיֹּאמֶר אֱלֹהִים
2. Gén 1,6	Y Dios dijo: haya firmamento.	
3. Gén 1,9	Y Dios dijo: las aguas se junten, aparezca el continente.	
4. Gén 1,11	Y Dios dijo: la tierra produzca verde.	
5. Gén 1,14	Y Dios dijo: haya luceros.	
6. Gén 1,20	Y Dios dijo: las aguas produzcan seres vivos.	
7. Gén 1,24	Y Dios dijo: que la tierra produzca seres vivos.	
8. Gén 1,26	Y Dios dijo: hagamos al ser humano.	
9. Gén 1,28	Y Dios dijo: sean fecundos.	
10. Gén 1,29	Y Dios dijo: doy la hierba para que ustedes coman..	

La Ley que Dios entregó al pueblo en el Monte Sinaí tenía en su centro las diez palabras divinas de la alianza. De la misma forma, el relato de la Creación tiene en su centro diez palabras divinas (Gén 1,3.6.9.11.14.20.24.26.28.29). Así como Dios hizo con su pueblo, ahora Dios lo hace con sus criaturas: fijo para ellas: “una ley que jamás pasará” (Sal 148,6). Diez veces Dios habló y diez veces las cosas comenzaron a existir. Dijo: ¡Luz!, y la luz comenzó a existir. Dijo: ¡Tierra!, y la tierra apareció. Gritó los nombres de las estrellas, y ellas comenzaron su recorrido por el firmamento. “Él dijo y la cosa comenzó, Él ordenó y ella se afirmó” (Sal 33,9). La armonía del cosmos que vence la amenaza del caos es fruto de la obediencia de las criaturas al Decálogo da la Creación. De todos los libros de la Biblia, los capítulos 40 al 66 de Isaías son los que más hablan de la Creación y de la acción creadora de Dios.

El pueblo no observó la Ley de la Alianza. Por eso vino el desorden del cautiverio. Las criaturas, por el contrario, siempre observan la Ley de la Creación. Por eso existe orden en el cosmos. En el *Padrenuestro* Jesús dirá: “Que se haga tu voluntad así en la tierra como en el cielo”. Jesús pide que cada uno de nosotros podamos observar la Ley de la Alianza con la misma perfección que el sol y las estrellas del cielo observan la Ley de la Creación.

## La Fusión entre Creación y Alianza

Tenemos dos decálogos: el decálogo de la Creación y el decálogo de la Alianza. El decálogo de la creación describe la acción de Dios, el decálogo de la alianza describe la respuesta del hombre. El decálogo de la creación existió mucho antes que el decálogo de la alianza. Existió desde la creación del mundo y era visible en el orden del cosmos, pero su existencia sólo fue descubierta cuando la observancia del código de la alianza entró en colapso y creó el impase del cautiverio.

Este descubrimiento del decálogo de la creación fue el resultado del testimonio de fe de los pequeños. Hombres y mujeres como Oseas y Gomer, jeremías, los discípulos y discípulas de Isaías y tantos otros, padres y madres de familia, que seguían buscando a un Dios que se revelaba en sus criaturas, y cuya promesa de vida traspasaba nuestra observancia.

La total gratuidad de la presencia universal de Dios Creador llenó de esperanza a los seres humanos, en medio de sus flaquezas. La bondad inmensa de Dios expresada en la creación, que hace llover sobre buenos y malos (Mt 5,45) dio coraje al pueblo del cautiverio para retomar con ganas la búsqueda de la justicia y la observancia de la ley de Dios.



*“¡Escúchenme ustedes, que anhelan la justicia y que buscan a Yahvé! ¡Vuelvan a su origen, miren la roca, la cantera de donde fueron sacados; miren a Abraham, su padre, y a Sara, que los dio a luz. Era uno solo cuando lo llamé, pero lo bendije y se multiplicó!” (Is 51,1-2).*

Ahora, ellos observan la ley de la alianza, no para merecer la salvación, y sí para agradecer y retribuir la inmensa bondad con que Dios los amó primero, y cuyo amor no depende de la observancia de la ley. Ellos saben que nada, ni el mismo fracaso, puede separarlos del amor de Dios (Is 40,1-2<sup>a</sup>; 41,9-10.13-14; 43,1-5; 44,2; 46,3-4; 49,13-16; 54,7-8; etc.)

## Los dos decálogos

Existe una conexión entre los dos decálogos, entre el orden de la naturaleza y el orden de la convivencia humana, entre la búsqueda de Dios y la búsqueda de la justicia, entre la preservación del medio ambiente y la organización política y social. El orden de la naturaleza no depende de la observancia de los mandamientos, pues el sol nace independientemente del hecho de que yo observe o no la Ley de Dios. Pero la transgresión de la ley que genera ganancia y corrupción, violencia y derramamiento de sangre, hacen que el cosmos se vuelva un caos a punto de poner en peligro la sobrevivencia de la vida humana y de poner en riesgo el orden del planeta Tierra, nuestra Madre. Cabe al ser humano velar por el orden de la Creación, a través de la práctica de la justicia, expresada en los Diez Mandamientos de la alianza.

La fe en Dios Creador abrió un horizonte, cuyo alcance para la vida sólo se compara con el horizonte que la resurrección de Jesús abrió para los discípulos, confrontados con la barrera infranqueable de la muerte. El descubrimiento del decálogo de la Creación es como si fuese un fundamento nuevo puesto debajo de un predio que amenazaba caer por falta de observancia de parte de los ingenieros y operarios. Usted no ve el fundamento nuevo, pues está debajo del piso, pero usted sabe que existe, pues el predio puede hasta balancearse, pero no caerse. La fe en la gratuidad de la presencia universal de Dios se convierte en la infra-estructura de la observancia de los mandamientos y de la búsqueda de la justicia.

La “Casas de la esclavitud” era Egipto. Pero en las épocas posteriores, desde el tiempo de los Jueces hasta hoy, la casa de la esclavitud continúa existiendo. Lo que cambia es la forma de esclavizar. Por eso, los Diez Mandamientos mantienen su actualidad. Ellos son un apoyo continuo para que el pueblo viva en estado permanente de éxodo. Buscamos el camino para salir de la casa de la esclavitud, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.

Jesús retomó los Diez Mandamientos para combatir el legalismo de los fariseos: “Yo les digo: si la justicia de ustedes no supera a la de los doctores de la ley y a la de los fariseos, ustedes no entrarán en el Reino del Cielo” (Mt 5,20). Y seis veces tuvo el coraje de decir: “Antiguamente se les dijo, pero ¡yo les digo ahora!” (Cf. Mt 5,21.27.31.33.38.43). “No piensen que yo vine a abolir la Ley y los Profetas. No vine a abolirlos, sino a darles pleno cumplimiento” (Mt 5,17). Pues no basta observar la letra de la ley. La observancia por la observancia no tiene sentido, no lleva a nada, más bien lleva a la muerte. “La letra mata; es el espíritu el que comunica vida” (2Cor 3,6). Es necesario mirar el espíritu que anima la ley por dentro y apunta al objetivo que está más allá de la letra. El objetivo del viaje está más allá del viaje mismo. Si no se viaja no se llega al objetivo. Sin la observancia de la ley no se llega al amor. “El amor es el pleno cumplimiento de la ley” (Rom 13,10).





Los Diez Mandamientos son el camino que Dios ofrece al pueblo para:

Nunca más volver a vivir en la esclavitud,  
Conservar la libertad que se conquistó saliendo de Egipto,  
Vivir en la justicia y en la fraternidad,  
Ser un pueblo organizado, señal de Dios en el mundo,  
Ser una respuesta de Dios al clamor de la humanidad,  
Preservar el medio ambiente como casa feliz para el pueblo que sobrevive.  
Ser un anuncio y una muestra de aquello que Dios quiere para todos,  
Llegar a la práctica perfecta del amor a Dios y al prójimo.

Fue así que ellos consiguieron traspasar el impase del cautiverio y que nació la unión de las dos búsquedas, de **Dios** y de la **Justicia**, tan bien expresada en el salmo:

*Amor y Fidelidad se encuentran,  
Justicia y Paz se abrazan.  
La Fidelidad brotará de la tierra,  
y la Justicia se inclinará del cielo.  
Yahvé nos dará la lluvia,  
y nuestra tierra dará su fruto.  
La Justicia caminará al frente de Él,  
la salvación seguirá sus pasos (Sal 85,11-14)*

Carlos Mesters O.C  
freicarlos@pcse.org.br

Francisco Orofino  
forofino@uol.com.br

